

Cali: Recuerdos y Tragedia

* * *

Dos veces ha estado el cronista en Cali, la bella ciudad del Cauca que hoy soporta el triste duelo de una terrible catástrofe. La primera en 1946, cuando acababa de ascender al poder el Partido Conservador en la persona de Ospina Pérez. Los liberales, que habían actuado divididos en las facciones adversas de Gaitán y Turbay, cedieron en esa oportunidad el paso a sus tradicionales rivales. En aquella fecha no se vislumbraban todavía las dictaduras del propio Ospina, de Laureano Gómez y de Rojas Pinilla. Cali se le ofreció aquella vez como una ciudad próspera, alegre, acogedora. En las tardes tibias, la población paseaba por los parques con una sonrisa en los labios, chispeante de simpatía y sencillez, y en ella destacaban sus hermosas mujeres de tez trigueña y ojos verdes o azules. Alrededor del monumento que recuerda a Jorge Isaac, bajo los árboles, a la luz de una luna clara y transparente, circulaban jóvenes y viejos. En la noche, bares y cafés se colmaban de bulliciosos parroquianos, y tanto en la plaza principal cuanto en las calles adyacentes, se veían grupos de cantores populares entonando a solas "porros" o en marcha hacia alguna fiesta. Aire tropical, ligeramente atemperado, el de Cali, entre cuyas gentes no existía aun desconfianza ni miedo, encantaba por sus hálitos cálidos, propicios al afecto.

La segunda visita a esta ciudad colombiana fue en 1952. Ya había ocurrido el famoso "bogotazo" y, a raíz de él, los métodos dictatoriales se habían entronizado en creciente serie. Gobernaba a la sazón, por ausencia de Gómez, Urdaneta Arbelaez, y el país vivía bajo el imperio de la autocracia. Cali estaba triste, apagada, solitaria, Fuerzas armadas custodiaban el orden urbano y los célebres "pájaros" —asesinos furtivos que ejercían represalias contra la oposición— asolaban los sectores populares de la ciudad. Al viajero se le advertía que no saliera de noche, pues no existían garantías para nadie, y el mismo cronista vivió la experiencia de no poder llevar corbata roja porque el gobierno y sus esbirros la consideraban un distintivo liberal. La noche caleña carecía del antiguo esplendor. Sin embargo, en el día, el sol volvía a encender el cordial temperamento de las gentes y se podía distinguir en ello lo que Cali fuera en la libertad.

Los dos recuerdos se confunden ahora en uno. Es de imaginar lo que ha sido, es y será Cali, como otras ciudades de Colombia, durante el régimen de fuerza de Rojas Pinilla. Hoy que la muerte ha llegado tan espantosamente a este inolvidable rincón del Cauca, humeantes los escombros, vivos los ayes, patente la desolación colectiva, la memoria conjuga sus imágenes en un solo cuadro patético. En ese reino de muerte, el dictador remueve el odio, su caldo de cultivo, y acusa a la civilidad, unida contra su ferocidad, de ser culpable del desgarrador accidente. En vez de deponer su iracundia, su sed de horror, y hacer un llamado a la solidaridad, atiza sus rencores y quiere que los adoloridos colombianos den escape a sus justos sentimientos por el conducto menos noble. No lo logrará. América, que sufre con Colombia la crueldad de la dictadura que la aflige, comparte también la tragedia que en estos momentos envuelve a la dulce Cali.

Sebastián Salazar Bondy